

sis ó Methzys, de Amberes, de quien se admiran aun varios cuadros en la galeria de esta ciudad. Desde esta última época empezó la imitación italiana. Miguel Cockier, de Malinas, se formó en la escuela de Rafael, y Pedro Campana, también flamenco, abandonó, durante los veinte años que permaneció en Italia, la sequedad de su escuela natal, obteniendo en Sevilla el sobrenombre de Divino, y su *Descendimiento* en la iglesia de Santa Cruz escitó la admiración.

Pedro de Wit (*Cándido*), de la escuela de Vasari, dirigió en Baviera muchas obras, siendo de notar entre ellas, el mausoleo de Luis de Baviera, uno de los monumentos más notables de Munich, vaciado en bronce por Kramper de Weilheim, en 1622, con cuatro caballeros de tamaño natural, arrodillados á los lados y con las efigies del emperador y de los duques. Lamberto, Lombardo de Lieja, está citado como arquitecto y pintor muy hábil. Pedro Breughel pintaba con estremada verdad las escenas campestres, y todo lo que pasaba á su rededor. Llegado á Italia, siguió ocupándose en reproducir la naturaleza, visitando las campiñas y las tabernas para observar mejor. En medio de la inmensa y original variedad de sus cuadros, representó varias escenas de brujerías. Su hijo Jacobo, que se inspiró en ellos, fué apellidado por esta causa del Infierno, y como Callot, concluyó por creer en el diablo y en las hechicerías, que en todas partes veía. Su hermano Juan (fué, por el contrario, llamado del Paraíso, en razón á que se dedicó enteramente á reproducir flores y ángeles. Su *Paraíso terrestre* es célebre sobre todo, y los más hábiles buriles no han podido conseguir imitar lo bien acabado de sus bellezas.

Collin.—Collin de Malinas dejó en Inspruck el mausoleo de Maximiliano I, uno de los más notables. Está rodeado de veinte y ocho estatuas colosales de bronce, figurando reyes y príncipes austríacos con los trajes de la época, y una perfección incomparable (41); sin contar veinte bajo-relieves de mármol que representan las hazañas del difunto, y son los más bellos é ingeniosos que creemos haber visto. Con este mausoleo rivaliza el monumento de Filipina Welsch, esposa de Fernando de Austria, gobernador del Tirol, que murió en abril de 1580.

En Alemania, Martin Schoen de Colmar, ni tuvo modelos ni discípulos. La catedral de Friburgo posee hermosas pinturas de Juan Grüm; las obras del sajón Lucas Cranach conservan la originalidad primitiva apreciada tan mal por los idólatras de la forma.

Durero, 1471-1528.—Alberto Durero, lejos de llevar la vida móvil y espléndida de los artistas italianos, pasó la suya en la calma y en la sencillez

(41) Se ha descubierto después, que las estatuas no son de Collin sino de Hoffer; y los mejores se deben á un desconocido.

según él mismo nos la describe en sus Memorias. Colocado en el taller de un platero, cuya profesión ejercía su padre, mostró á los veinte y un años su habilidad, cincelando admirablemente una Pasion. Entonces viajó, y, habiéndose dedicado al grabado, se dió á conocer hasta muy lejos. En 1506 llegó á Venecia para pedir reparacion de ciertos grabados falsificados por Marco Antonio. Los venecianos, apasionados del colorido, hicieron poco caso del grabador; mas Juan Bellini se hizo su protector para con los patricios. «Puedes quedarte ahí, escribía Durero á uno de sus amigos. ¡Qué amables son los italianos! Me cercan con sus agasajos, y cada día me demuestran más afecto, en lo que halla mi corazón un indecible placer. Son hombres perfectamente educados, instruidos, elegantes, tocan el laud, llenos de valor y de dignidad, afables y tan buenos para mí, como me es imposible describir. Ciertamente es que no falta entre ellos también gente sin fe, engañosa y tan bribona como no se encuentra igual bajo del cielo. Si la vieras, la creerías la mejor del mundo; se rie de todo, hasta de su mala reputación. Mis amigos me avisaron á tiempo que no comiese, ni bebiese con ellos ni con los pintores de su camarilla. Algunos de esta clase se han decidido á hacerme la guerra, y por ello copian descaradamente mis cuadros en las iglesias y palacios, en tanto que dicen que arruino el gusto, separándome de los antiguos. Esto no ha impedido á Juan Bellini que me elogie en numerosas reuniones; por otra parte, ha querido tener alguna obra mía, y ha venido en persona á visitarme para pedirme un dibujo, diciéndome que deseaba pagármelo bien. Es amado, respetado y admirado de todo el mundo: no se habla más que de su bondad y de su valor, y aunque viejo, no tiene igual.»

De vuelta á su patria, hizo Durero los retratos de los hombres ilustres de su tiempo, pero se dedicó más particularmente á grabar. Cuéntanse efectivamente ciento seis planchas grabadas por él en cobre y trescientas doce en madera. El gran arco de triunfo del emperador Maximiliano, compuesto de noventa y dos planchas de dimensiones diversas, que reunidas forman un cuadro de nueve pies sobre diez y medio, es también de Durero, ó ejecutado por sus dibujos. Además de los asuntos de la historia y de la mitología, inventó muchos, como el famoso *Caballo de la Muerte* y el de la *Melancolía*. La pureza del estilo y el sentimiento de la belleza física no fueron apreciados en Alemania hasta él. Escribió también elementos de geometría para la fortificación de las plazas y para la proporción del cuerpo humano, y siempre con láminas la explicación. No olvidó por esto la pintura, y su más célebre cuadro es la *Crucifixión*, que se halla en Viena. Preciso es estudiar en la preciosa colección del archiduque Carlos, esta pintura única entre la numerosa variedad de grabados de todo género, tan acabados en los detalles como atrevidos en la composición. Viajó dos veces por Holan-

da, siendo agasajado por todos, y hallando en tan buena acogida el valor suficiente para producir tan bellas obras (42). La escuela que dejó después

(42) Se revela Durero perfectamente en la descripción de este viaje, del cual ha publicado recientemente una parte Demurr, en el periódico alemán de bellas artes. «Yo, pobre Alberto Durero, partí de Nuremberg á mis espensas con mi mujer. Pasamos la noche en un pueblo de Baviera, donde gastamos tres *batsen* menos seis dineros. De allí pasamos á Amberes. El domingo se celebraba á San Ospito, y la congregación de pintores me convidó á un gran banquete con mi mujer y mi hija. Nada faltaba en la rica mesa, la vajilla era de plata, y todo el servicio de cristal. Las señoras estaban todas vestidas de día de fiesta, y cuando se me conducía al sitio destinado para mí, el gentío se agolpaba á los lados de la mesa para verme. Había allí muchas personas de valía, príncipes y duques que me recibieron con la mayor afabilidad, ofreciéndome sus servicios y protección para lo que me pudiera ser útil. Cuando me senté, el mayordomo de los señores de Antorff se me acercó acompañado de dos criados, y me ofreció en nombre de estos nobles señores cuatro pintas de vino, que suplicaba bebiese enseguida, aceptándolas en señal de alta consideración. Yo me sometí á esta leal invitación, protestando mi adhesión á la ilustre familia; llegóse enseguida maestro Pedro, carpintero del pueblo, y me presentó también dos pintas de vino, ofreciéndome sus servicios. Después de pasar una buena parte de la noche alegremente bebiendo y cantando, se levantaron los convidados y me acompañaron hasta mi casa con antorchas, como á un cónsul romano. A la puerta me despedí de ellos, y dormí de un buen sueño hasta la siguiente mañana. Enseguida fui á la casa del maestro Quintin (*Methzys*). Fischer me compró, por cuenta de los señores Antorff, diez y seis imágenes de la Pasion en cuatro florines; otras del mismo asunto, pero más pequeñas, en tres; y veinte medias hojas de diferentes especies, en uno. Item, vendí á mi huésped una virgen pequeña, pintada en un mal lienzo, por dos florines del Rhin.»

«El día siguiente á San Bartolomé, me llevaron á Malinas, y maestro Ronsard y un pintor, cuyo nombre he olvidado, me convidaron á cenar. El primero, es el famoso escultor al servicio de Margarita, hija de Maximiliano. El lunes marchamos á Bruselas. He visto allí en casa del conde cuatro bellas pinturas del gran maestro Rudiger, y los dos regalos traídos de Méjico para el rey, á saber: un sol de oro del tamaño de una toesa, y una luna de plata del mismo tamaño, y en su circunferencia toda clase de vasos y utensilios de oro y plata, y otros adornos extraños, de tal magnificencia, que difícilmente se podrán hallar otros que se le igualen; en mi vida he visto cosa de más gusto. Al admirar obras tan finas en oro, que se estiman en 100 libras de oro, me he asombrado de la habilidad y del trabajo sutil de hombres de países tan lejanos.»

«Madama Margarita me envió á decir que tenía en ella una protectora para con el rey Carlos; y habiendo demostrado mucho interés, la he enviado una bella prueba de mi Pasion. Cuando fui á la capilla de la casa de Nasau, vi el admirable retrato hecho por el gran maestro Hugo. El pintor Bernhardt me convidó á comer, y fué tan magnífica la comida, que estoy seguro de que no la ha costado con diez piezas de oro. Asistieron á ella muchos nobles que había convidado él para que tuviese yo compañía, y entre otros estuvieron el tesorero de Margarita, del que ya he hablado, el camarero del rey, el tesorero de la ciudad, al que envié una prueba de la Pasion, y en retribución me

de su muerte cedió más tarde á los flamencos, italianos de la Alemania.

Holbein, 1497-1554.—Juan Holbein nació en Augsburgo, de un pintor mediano; sin otros maes-

mandó un escabel al gusto español, de madera negra, que podrá valer tres piezas de oro. También he mandado otra prueba á Erasmo de Rotterdam, secretario de Bonisio. Después he hecho al lápiz el retrato de maestro Bernhardt, pintor de Margarita, y de nuevo el de Erasmo. Pero seis personas, de las que concluí los retratos en Bruselas, no me dieron siquiera un cuarto. Pasé después á Aquisgram, donde vi la coronación de Carlos Quinto.

«El viernes salí de este punto para Lovaina. El sábado me hallaba en Colonia, donde compré por cinco dineros un tratado del doctor Lutero, y por uno, otro titulado: *Condenación del santo varón Lutero*. El domingo vi las fiestas y diversiones, asistiendo á un banquete dado para celebrar la coronación. El lunes recibí del emperador el diploma de pintor de cámara. El sábado siguiente partimos para Brujas con Hans Lixbem de Ulm y Saint-Plos, famoso pintor, nacido en este pueblo. En el palacio del emperador he visto la capilla pintada por Rudiger, y los cuadros de un antiguo pintor, probablemente Zemling. En casa de Jacobo he examinado también cuadros de mucho precio, de Rudiger, Hugo y de otros grandes maestros. He visto la estatua de la Virgen, de alabastro, obra de Miguel Angel, y los cuadros de Van Eyck, y de otros pintores. También me dieron en este punto un convite suntuoso: los consejeros de la ciudad me hicieron presentar doce pintas de vino, y la reunión, compuesta de sesenta personas, me acompañó á mi alojamiento después de la comida. De allí pasé á Gante, donde el pintor decano y las principales personas me recibieron con entusiasmo, conduciéndome á la alta torre de San Juan. Allí está el famoso cuadro de Van Eyck, tan bello, tan admirable, que no hay bastante dinero para pagarlo. La Virgen sobre todo y el Padre Eterno tienen una expresión maravillosa. Los pintores y su decano no me dejaron un momento, y todo el tiempo que permanecí en esta ciudad quisieron tenerme siempre á su mesa. En fin, partí para Amberes, y después de haber pasado algún tiempo en este punto, volví con los míos á Malinas cerca de Margarita, á quien le enseñé el retrato del emperador que le quise regalar; pero que de ningún modo aceptó.»

«De cuanto he trabajado en los Países Bajos, sólo pérdidas me han resultado. Ni los nobles ni los plebeyos me han pagado, no habiéndose portado mejor Margarita. Por todos los presentes que les he hecho, por todos los diseños que les he dirigido, no me han dado ni una paja. Cuando iba á partir, recibí una carta de Cristiano II, rey de Dinamarca, en que me ordenaba que marchase á su corte con toda premura, para hacer su retrato y el de los principales señores, asegurándome que sería bien tratado y que comería en la mesa real. Al siguiente día me embarqué en un buque del Estado y me dirigí á Bruselas y vi al rey de Dinamarca, al que presenté mis mejores grabados. Fué muy curiosa para mí ver la admiración con que la gente de Bruselas veía pasar á Cristiano, y también al emperador ir á su encuentro y recibirlo con toda magnificencia. Asistí también al banquete que el emperador Carlos y Margarita le dieron al día siguiente. El rey de Dinamarca á su vez les dió también un convite opíparo: el emperador y Margarita estaban invitados y también yo, que tuve el gusto de sentarme á la mesa de los reyes. Hice allí al óleo la efigie de Jesucristo, por la que recibí treinta piezas de oro.»

tros, y sin abandonar sus montañas, adivinó la pintura, haciéndose admirar muy luego, al pintar en Basilea la *Danza de los muertos*, que propagada por el grabado influyó tanto en el arte nacional. Fácil y fecundo, multiplicó sus obras. Finalmente, incitado por Erasmo para que abandonase su retiro, se presentó en la corte de Enrique VIII, que le acogió casi con amistad. Disputáronse los señores ingleses el conseguir su propio retrato hecho por mano de Holbein; y se daba por dichoso aquel que obtenía á peso de oro un cuadro histórico. Tuvo que pintar sucesivamente las mujeres á quienes Enrique VIII concedió el honor de

participar de su lecho, para pasar de él al cadalso. Contristado con aquellas escenas de sangre, murió Holbein envidiando la gloria indigente, pero tranquila, de que había gozado en las montañas de su patria (43).

(43) El que tenga la paciencia de comparar este capítulo con las ediciones precedentes, hallará modificados, corregidos y cambiados muchos juicios, á consecuencia de haber visto por mí mismo y juzgado con mi entendimiento, cualquiera que este sea, obras acerca de las cuales había hablado antes solo de oídas.

CAPÍTULO XIII

MÚSICA.

Mientras que la escultura y la pintura, expresión del orden en el espacio llegaban á tanta altura, tampoco la música, expresión del orden en el tiempo, permaneció extraña al impulso universal de aquella época.

Juan XXII reprendía el abuso de consonancias y disonancias en la música eclesiástica; sin embargo, aquel siguió adelante, y se introdujo el contrapunto fugado, esto es, una serie de sonidos más recargados de fugas y artificios. En la música profana, los provenzales asociaron el canto al son de muchos instrumentos y aires profanos distintos de los que se oían en las iglesias, sencillos y pobres con una sola nota por cada sílaba; nos quedan las notas de algunos hasta del año 1100 (1).

Diffícil sería adivinar la naturaleza de las tonadas, baladas y otros cantos carnavalescos inventados por los italianos. Seguían en el contrapunto las mismas reglas de la música sagrada; solo que la mayor libertad produjo mejoras que ésta adoptó luego.

Las notas, después de la invención de Guido de Arezzo, permanecían en extremo imperfectas señalando sí los grados de entonación, pero no las diferencias de duración. El primero que indicó de un modo diverso las longas, breves, mínimas, semibreves, máximas, fué según se cree Juan Muris, cancellor de París y doctor de la Sorbona en el *Speculum musicæ*, pero habla de ello como de cosa ya conocida. El mismo Muris, en el tratado *De discantu*, puede decirse que dió las primeras lecciones de armonía moderna: secundando la reacción contra los antiguos que entonces estaba en toda su fuerza, desterró de las consonancias la

cuarta, y estableció como perfectas el unísono, la octava y la quinta, y como imperfectas las terceras mayor y menor y la sexta mayor. Allí se encuentran por primera vez las reglas que hasta hoy se aplican á la sucesión de los intervalos, en cuya virtud las consonancias perfectas no pueden sucederse por un movimiento semejante; la armonía consonante adquiría más plenitud, componiéndose de acordes de tercera y quinta, de tercera y sexta. La disonancia se introdujo también pero tímidamente y como retardo de una consonancia. En las armonías del siglo XIV se encuentran acordes de cuarta y quinta, tercera y séptima, y aun de tercera y novena. Inventóse después el contrapunto doble que fué armonía á cuatro partes desde que los intervalos del contrapunto llegaron á formar acordes.

La música prosperó más en el siglo XV. Franchino Gaffori, natural de Lodi y los tres extranjeros Bernardo Hicart, Juan Tintore de Bélgica y Guillermo Guarnerio llamados por el rey Fernando (1487), fundaron en Nápoles una academia, de donde procedieron los mejores maestros. La sociedad de los Rozzi en Siena daba frecuentes representaciones con intermedios y coros cantados por un personaje que se nombraba *Orfeo*. Así los filarmónicos de Verona, instituidos por Alberto Lavezzola para la mejora de la música, tenían en ciertas épocas la obligación de salir con la lira á divertir la ciudad. También en otros puntos se pusieron maestros (2). Se introdujo una elegancia

(1) Algunos de Adam de La Halle fueron publicados en la *Revue musicale* de 1827.

(2) Véase á MARTINI, *Storia de la musica*; ESTEBAN ARTEAGA, *Le rivoluzioni del teatro musicale italiano dalla sua origine fino al presente*. Venecia 1785; el ya citado discurso de A. Biche Latour, y las historias de la música de Hawkins y de Strafford.